REY DECRETADO EN EL CIELO, Y ASTUCIAS DE LUCIFER.

COMEDIA FAMOSA.

PRIMERA PARTE.

DEL SARGENTO MAYOR DON RODRIGO Pedro de Vrrutia.

Hablan en ella las Personas siguientes.



Rey de España.	*Carlos, Archiduque de Austria.*	*Doña Maria, Camarera Mayor.*
Luis, Rey de Francia.	*Embaxador de Francia.*	*Don Sebastian.*
Duque de Saboya.	*Don Fernando.*	*Lucifer. Isabel, Criada.*
Joseph Rey de Romanos.	*Reina de España.*	*Marroquin, Gracioso.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Luis Rey de Francia y D. Fernando.

Luis. Le has dicho a Duque de Anjou,
que le aguardo en esta pieza?
Fern. Si señor, y me mandò
le quitara las espuelas;
porque le encontrè à caballo
para ir à caza de Fieras,
con una dorada espada,
una lucida escopeta,
un Esclavo con un arco;
y un Negro con una flecha.
Dixome, dile à mi avuelo,
que voi con gran ligereza
à mudarme otro vestido,
para estar en su presencia:
mui poco puede tardar.
Luis Fernando, fueras tu à España,
si al Duque se le ofreciera
passar allà à algunos fines,
conformes à su grandeza?
Fern. Nunca pudiera escusarse
mi interessada obediencia,
à seguir a mi señor,
en su apacible assistencia.
Mirando à la cortina.
Mas, señor, su Alteza viene
tan veloz, que corta el viento.
Dos sillas prevenidas.
Luis. Entra, y sacame dos sillas. *sacalas.*
Fern. Ya estàn, señor, acà dentro.
Sale el Rey. Señor, no ha sido possible
haver llegado mas presto.
Dando la derecha al Rey.
Luis. Tome vuestra Magestad,
Monarcha invicto, su asiento, *En pie.*
Rey. Yo soi el Duque de Anjou.
y aunque por ser vuestro nieto
debo ser favorecido,
no ha de ser con tanto excesso.
Luis. Vuestra Magestad se siente. *Sientase.*
Rey. Digo, señor, que obedezco,
aunque no encuentro la causa
para tan grandes extremos.
Luis. Oiga vuestra Magestad,

que dilatarle no quiero
una noticia, que es gozo,
y es pesar à un mismo tiempo.
Passò D. Carlos Segundo *Descubrese.*
de este Reino a mejor Reino;
el Duque de Ossuna llega
con el mas seguro afecto,
y me ha dado la noticia
del dispuesto testamento,
en que a vuestra Magestad
le dexa por su heredero.
Dios, que desde las alturas
gobierna la Tierra, y Cielo,
piadoso assi lo dispuso
en sus Divinos Decretos.
Pido a vuestra Magestad,
por lo mucho que le quiero;
que me escuche, por si fuere
este el ultimo consejo.
No se dà felicidad,
sin darse contrario opuesto;
pension antigua, que a tantos
ha sacado de su centro.
En las dichas, que hai violencia,
nunca huvo seguro medio;
y assi, quando se posseen
con escrupulo, ò rezelo,
mas bien que con las piedades
se guardan con el azero.
Pero en esta, que se advierte
ser dadiva de los Cielos,
venza siempre lo piadoso,
dexando a Dios el empeño;
y aunque la Nave peligre,
no hai que temer contratiempos,
que el Señor que la gobierna
irà ministrando medios,
para que aunque haya tormentas,
y golpes de Mar violentos,
desde la mayor borrasca
salga al mas seguro Puerto.
Oy es vuestra Magestad
favorecido del Cielo
con dos insignias tan nobles;
como son Corona, y Cetro;
y con una circunstancia,
que quando la considero,
justamente me apassiono,
El lienzo en los ojos.
justamente me enternezco:
Que aunque en el nombre de Rey
triumphos tan grandes advierto,
ser Rey de España es un timbre,
que hace mayor el trofeo.
Vuestra Magestad va allà,
y de passo le prevengo,
que le imite al Rey su tio
en el amor à sus Reinos.
Tanto quiso a sus vassallos,
que en su passion no huvo medio;
porque siempre acostumbrò
brillar sobre los extremos.
Y esta propriedad naciò
de reconocer en ellos
tanta ley a su señor,
que no quedaban contentos
con tributar sus haciendas,
sin dar sus vidas a un tiempo;
Pero si por tantas culpas
como cometen los Reinos,
Dios estuviere enojado,
y usando de lo severo,
para que haya varias lides
prestarè el consentimiento.
Buen animo, Rey invicto,
que con clamores al Cielo,
si uno no alcanza, otro llega;
hasta lograr el consuelo.
Mandarles a las Justicias,
que pongan prompto remedio;
y al que se justificare,
que, ò por codicia, ò por miedo
estuviere negligente,
deponerle del empleo;
estando sobre estas causas,
que tanto irritan al Cielo,
tan constante, tan ardiente,
tan valiente, y justiciero,
que en este noble castigo
nunca se limpie el acero.
Favorecer pretensiones
de los honrados guerreros,
es mas que piedad, justicia,
quando saben merecerlo;
que esto le presta al Soldado
tanto espiritu, y aliento,
que cada uno en sus hazañas
se esfuerza a ser el primero.

El Delfin, y el de Borgoña,
esta tarde a un mismo tiempo,
en vuestra Magestad ambos
renunciaràn sus derechos.
Otra clausula hai, que dice
el Christiano testamento:
Y porque no haya discordias
entre España, y el Imperio,
al señor Emperador
se parta Embaxador luego
a proponerle, si gusta,
dar su hija en casamiento
à Phelipe, para lustre,
y consuelo de sus Reinos.
Yo me voi a despachar,
que en cosas de tanto peso,
es razon ganar las horas,
porque es mui precioso el tiempo.
Levantandose.
Goze vuestra Magestad
en tranquilidad su Reino. *vase.*
Rey. Señor, bien reconoceis
la poca ambicion que tengo
a estas glorias que dà el Mundo;
y desde luego protesto,
que sino es para agradaros,
y fuere para ofenderos,
renunciarè la Corona;
y con humildad os ruego,
que passe de mi el Laurel
a quien sepa merecerlo.
Fern. Señor, mira lo que dices:
goza la ocasion, y el tiempo,
no sea que Dios se enoje,
y si concede tu ruego,
otro reine, y tu te quedes
sin la possession del Reino.
Rey. Fernando, si Dios lo hiciere,
nunca estarè mas contento;
pues sin su voluntad santa
quien es quien desea Imperios?
Suenan instrumentos.
Mas què musica es aquella?
Fern. Calla, señor, y la oirèmos.
Dent. Music. Si con ciega voluntad
aceptares la Corona,
los años del sufrimiento
te daràn siglos de gloria. *Repite.*
Rey. Si con ciega voluntad
aceptares la Corona;
los años del sufrimiento
te daràn siglos de gloria?
Voz confusa, que articùlas
con clausulas imperiosas,
acibares quando empiezas;
y quando acabas lisonjas,
prosigue, si acaso alientas
con rasgos de mysteriosa,
por vèr si tus ècos sirven
à mi confusion de antorcha.
Music. Aunque mi voz no es Divina,
ni es Angel el que la entona,
no con poco fundamento
se introduce sentenciosa.
Rey. Pues tu, qualquiera que seas,
que en uniformes conceptos
animas mi voluntad,
y alientas mi entendimiento;
para que acepte el Laurel,
no temiendole a su peso:
digo, que en nombre de Dios,
con su voluntad acepto.
Fernando, no hai que aguardar;
vamos a vèr a mi avuelo,
y a disponer el viage
para España, que teniendo
yo el auxilio de MARIA,
y de su Encarnado Verbo,
A voces.
viva la Iglesia sagrada. *vase.*
Fern. Viva la Reina del Cielo. *vase.*
Sale Lucifer.
Lucif. No vivirà, ni la Iglesia,
ni essa Reina, si yo puedo.
De què me sirve el poder?
de què me sirve el imperio,
si en esta ocasion no logro
mil triumphos a los Infiernos?
Ya muriò Carlos Segundo:
y aunque a mi pesar, el Cielo
le inspirò para dexar
por succesor de sus Reinos
a Phelipe Quinto, es bien,
que pues no tiene remedio
esta eleccion, tan a costa
del dolor en que me quemo,
que derrame mi zizaña,
pues que tanto campo tengo,

para hacer esta triaca
rigido, y mortal veneno.
Ciencia, ayuda mis designios,
porque si el tiempo desprecio,
tiene este Rey en la gloria
(que yo perdi por sobervio)
un San Luis, y un San Fernando,
sin otros muchos avuelos,
que si Dios dexa obligarse
de sus continuados ruegos,
caerà todo el edificio
de Arriano, Mahoma, y Lutero.
Ea, discurso infernal,
la batalla comencemos.
No se llevò el Rey de Francia,
por muerte de Carlos Bueno,
a su hijo Don Jacobo
a su Corte, haciendo empeño
de rendir a Inglaterra,
y restituirle al Cetro,
consumiendo la Heregia,
que es mi patrimonio? es cierto.
No es assi, que Portugal
padece grandes recelos,
de que el nuevo Rey de España
se levante con su Reino?
Pues si por algun motivo
callò su tio, y su avuelo,
èl que no tiene ninguno,
quiere usar de su derecho?
Es sin duda; no es constante,
que a Castilla pretendiendo,
despachò el Emperador
Embaxador a este intento,
para que Carlos Segundo,
si acaso assentia en esto,
a su hijo el Archiduque,
dexara por su heredero?
No es cierto, que mi cuidado
vigilante, tiene opuestos,
a Portugal con Galicia,
a Francia con los Flamencos,
y a Valencia y Aragon,
tan vanos, como soberbios,
porque han querido dexarles
consentidos en sus fueros?
Pues què mucho harè en lograr,
con tan grandes fundamentos,
tantas victorias, que llene
las cabernas del Infierno?
Yo voi con mis Esquadrones
à Alemania, con pretexto
de haversele trastornado
(segun dice) su derecho;
y si el fuego se encendiere
tan bien como yo deseo,
harè que à Don Carlos de Austria
le juren allà en sus Reinos,
y le hallen constituidos
à defender el empeño.
Desde alli irè a Inglaterra,
à intimar al Parlamento,
que su noble Religion
quieren echarsela al suelo;
y passando à Portugal,
irritarè al Rey Don Pedro,
con que el nuevo Rey de España
quiere alzarse con su Reino,
que à Valencia, y Aragon,
con introducirles miedo
de que tan grandes Potencias,
como se juntan à un tiempo,
han de procurar quitarles
la libertad de sus fueros.
Con esto conseguirè,
que acobardados, y ciegos
apellìden a Don Carlos,
quando venga placentero,
ofreciendo conveniencias
por lograr assi su intento.
Y de este modo discurro,
con mis sutiles enredos,
que haciendolos enemigos
de Phelipe, y de su avuelo,
serà su guerra, y discordia
mi continuado alimento.
Ea, furias, ayudadme;
ea, Ministros sangrientos,
pues que à todos nos importa
la batalla, comencemos,
que amparado de mi rabia,
y de mi mortal veneno, *à voces.*
muera la Iglesia sagrada,
muera essa Reina del Cielo. *vase.*
Salen Joseph, Rey de Romanos, y Don Sebastian.
Joseph. Quando, inconstante fortuna,
saldrèmos de confusiones,

dando

dandonos, ò un claro dia,
ò una tenebrosa noche?
Seis meses ha que à Madrid,
de Carlos Segundo Corte,
despachò à su Embaxador
mi padre, porque no logre
el Rey de Francia mirar,
que su nieto se corone
Monarca de las Españas,
por ausencia del que en bronce
dexe su nombre esculpido,
para que nunca se borre.
Yo he suplicado à mi padre,
que mis designios no estorve,
porque el seguir esta empressa
solo por mi cuenta corre.
Que su Mageltad pretende
mortificar mis acciones,
con querer que estemos todos
con el bien, ò el mal, conformes.
Y solo siento, que a Carlos,
mi hermano, me le trastorne
con sus zagazes consejos,
y sus templadas razones.
Seb. Al Catholico Don Carlos,
segun avisò el Correo,
yo discurro, y sin violencia,
que està su alma en el Cielo.
Joseph. Dios le dè felice hora,
para llevarle à su Reyno.
No creeràs, Sebastian,
la gran tristeza que tengo;
y segun el sobresalto,
con que batalla mi pecho,
alguna nueva infeliz
todos los instantes temo.
O, pensiones de esta vida,
donde no hai corazon quieto;
pues aun aquel que mas tiene,
suele estàr menos contento!
Seb. Señor, he oido decir,
que en los neutrales sucessos
el esperar lo peor,
siempre ha sido de discretos;
porque si despues el hado
pintare mejor, ay tiempo
para celebrar las dichas,
con duplicados contentos.
Joseph. Si havrà llegado la Posta,
y nos traerà algun consuelo?
Seb. Señor, si gustas que vaya,
presto nos satisfarèmos.
Joseph. Anda, y di, que canten algo;
que con esso me divierto.
Seb. Voi, señor, sin detenerme. *vase.*
Passeandose.
Joseph. Què tristes son los desvelos
de los Monarcas, que viven
anhelando los aumentos!
Musica. La acelerada ambicion
a dos peligros combida,
pues precipita la vida,
y arriesga la salvacion.
Joseph. Què importa, que la razon
prevenga cuerda los daños.
si todos los desengaños,
se rinden à la passion!
Calla, presagio funesto,
del bien que estoi esperando.
Sale Don Sebastian con un pliego.
Seb. Señor, yo lleguè, y llegando
Dale el pliego.
la Posta con este pliego.
Tomale.
Joseph. Quiera Dios que desde luego
no comienze tropezando.
Comienzale à abrir.
Con voluntad de mi padre,
este, y los demàs los abro,
porque consegui licencia,
aunque à costa de trabajo,
para hablar, y responder
lo que convenga à este caso.
Lee. Muriò Don Carlo Segundo
el dia de Todos Santos,
ha hecho su testamento
sin mentar à nuestro Carlos.
El señor Duque de Anjou,
es quien queda declarado.
Le havràn jurado sus Cortes,
quando esta llegue à tus manos,
porque ha sido recibido,
como era deseado.
Y el señor Duque de Berri
es quien succede en faltando.
Este, gran señor, es todo
el fruto de mi trabajo,
que aunque ha sido tan immenso,

no he podido remediarlo.
La Posta lleva esse pliego;
porque oy por oy no me hallo
para ser el portador,
por quedar accidentado.
Guarde à Vuestra Magestad
el Cielo por muchos años.

Cerrando.

Joseph: Por cierto, que me has traido
un granditsimo despacho.
Sebast. Señor, èl fuera mejor
si estuviera de mi mano.
Joseph. Anda presto, Sebastian,
llama à mi hermano Don Carlos.
Sebast. Voi, señor, luego al instante
à obedecer tu mandado.
Joseph. Què noble es el corazon
de un espiritu bizarro!
Quantas veces me anunciò
lo mismo que me ha passado?
Es possible, suerte impia,
es possible, injusto hado,
que à tan crueles efectos
nos tenias sentenciados?
Por què no me diste muerte
antes de haverme mostrado,
con tyranas influencias
este fuego en que me abraso?
Musica. Essas quexas no se dàn
al influxo de los Astros,
porque todos obedecen
à otro influxo soberano;
y no naciste à tener
todo este mundo en tus manos,
que quando tu, otros nacieron,
de un mismo Señor criados.
Joseph. Aunque conozco mi error,
una sugestion, ò encanto
trae conmigo una batalla,
con que vivo atormentado.
Salen el Archiduque, y Sebastian, y havrà prevenidas dos sillas.
Carlos. Sebastian me ha referido,
que estais con algun cuidado,
y que en èl necessitais
mi assistencia, à vuestro lado
me teneis para serviros.
Joseph. Sabed Carlos, que el llamaros
es con mui justa impaciencia,
solo para preguntaros
si quereis ser Rey de España.
Carlos. Pues acaso està en mi mano?
Joseph. Si, en tu mano està, y tambien
en la fuerza de mi brazo.
Sebastian, entra dos sillas,
que en los fatales acasos,
para buscarles remedio,
es preciso consultarlos.

Saca las sillas.

Tomad, Carlos, esse assiento.
Carlos. Tomole, si assi os agrado,

Sientanse.

Joseph. Ya, Carlos, nuestros designios
de dexarte declarado
por su successor à España
nuestro Catholico Carlos,
con su muerte fenecieron;
pues haviendose olvidado
de ti, nuestras esperanzas,
quando èl espirò, espiraron.
Carlos. No seria mas mi suerte,
Dios le dè eterno descanso.
Joseph. Mui fresco estàs Archiduque.
Carlos. No estoi fresco, si Christiano;
que en las cosas que Dios hace,
aunque parecen acasos,
son disposiciones suyas,
y debèmos conformarnos;
y el haverlo hecho assi,
si bien le consideramos,
es favor que una Corona
nunca trae, si sobresaltos.
Yo fuera Rey mui gustoso
si me huviera declarado;
pues como consideràra,
que Dios le havia inspirado,
siempre creyera que fueran
de su cuenta mis cuidados.
Joseph. Pues, Carlos, Rey te amonesto;
y hermano mayor, te mando,
que en nada hagas resistencia
de quanto fueres mirando;
y con la solemnidad
que necessita este caso,
por mi, y en nombre de padre,
Rey de España te declaro.
Y esto, Carlos, no te cueste
confusion, ni sobresalto,

que

que yo me ofrezco à tomar
de mi cuenta tus cuidados,
hasta que logre ponerte
el Regio Cetro en tus manos.
Carlos. A quien havrà sucedido
lo que à mi me està passando!
Joseph. Què es, Carlos, lo que te tiene
melancolico, y suspenso?
Carlos. Vuestra Magestad pregunta,
y satisfacerle intento.
Vuestra Magestad pretende,
contra el dictamen del Cielo.
Joseph. Sebastian, vete alla fuera,
y no entre nadie acà dentro
sino fuere mui precito.
Seb. Mil años os guarde el Cielo. *vas.*
Joseph. Proseguid vuestro discurso.
Carlos. Pues assi otra vez comienzo.
Vuestra Magestad discurre
contra los juicios del Cielo,
coronarme Rey de España,
no siendo llamado al Reyno;
No digo que està excluido
totalmente mi derecho:
pero hallandose dos grados,
segun lo que siempre vemos,
es, que nunca entra el segundo
sin fenecer el primero.
Esta es una causa, y otra,
que haviendo empuñado el Cetro
Felipe Quinto en España,
y jurадole sus Reynos
(que assi Sebastian me dixo
quando estabamos adentro)
no sè que sea razon,
ni tenga visos de serlo,
para que yo injustamente
le busque ya su ajamiento.
Y haviendole el Rey su tio
llamado en su testamento,
no puede estàr con violencias
mete la mano en tu pecho.
Por estas causas, hermano,
justo motivo no tengo
para creer, que se agrade
de estas violencias el Cielo.
Antes bien, si se executa,
viverè con el rezelo,
de que caiga sobre mi
enojado el Firmamento.
Joseph. Pues no obstante los motivos
que me expressas, te prevengo,
que tendràs mi desagrado
si te apartas de mi intento.
Carlos. Pues, hermano, no es razon,
que ya que lo executèmos
sea con gusto de padre?
Joseph. Padre està en dulce embeleso
todas las horas con Dios,
y en cosas de tanto peso,
el mystico, el escrupuliza;
pero yo, Carlos, me entiendo:
obedecer te es precisо.
Carl. Digo, hermano, que obedezco.
Dios te guarde muchos años. *vas.*
Sale Sebast. Señor, un Embaxador
del Rey de Francia embiado,
llegò a hablar à vuestro padre,
y porque està accidentado,
mandò à su Guardia venir
assistiendole, hasta tanto
que llegàra à tu presencia;
y que haviendo despachado;
tu en su nombre, la embaxada;
le fueran acompañando,
hasta la pieza que tienen
dispuesta los Embiados.
Joseph. Yo celèbro de mi padre
su favor, por soberano:
di al Embaxador, que entre.
Seb. Vuelvo, señor, de contado. *vas.*
Joseph. Qualquiera juicio es ocioso,
y qualquier discurso es vano,
si su proprio contenido
me ha de sacar de cuidado.
Salen el Embaxador, y Don Sebastian.
Embax. Goze Vuestra Magestad
la vida por muchos años. *En pie.*
Joseph. Bien venido, Embaxador;
antes que todo, sentaos.
Sientanse.
Como queda Vuestro Rey?
Embax. Mi Rey queda deseando
repetidas ocasiones,
en que poder agradaros;
y yo justamente siento
de vuestro padre el estado;
quiera Dios que en su mayor

salud, presto le veamos.
Joseph. Yo os estimo la atencion,
de que justo aprecio hago:
y pues ¿à què es la venida?
¿se ha ofrecido algun cuidado?
Embax. Murió Don Carlos Segundo.
Todos. Eterno descanso goze.
Embax. El dia de Todos Santos,
dia no mas, que en el nombre,
pues negando el Sol sus luzes
se viò en un dia una noche;
con los mayores extremos
fue una confusion la Corte,
con mil lagrymas los niños,
con suspiros los mayores,
las mugeres con desmayos,
las campanas con clamores,
los amigos se encontraban,
y todos se desconocen;
los Gremios estremecian
el ambito de la Corte,
ya con sentidos gemidos,
ya con lamentables voces;
y era Roma cada Iglesia,
embiandole oraciones.
Todo Madrid era un susto,
todo un mar de confusiones,
cambiando à negras bayetas
la variedad de colores.
Doi passo à su testamento,
que consultò con los hombres,
à quien venera Castilla
por su ciencia los mayores.
Joseph. Si quieres, Embaxador,
no fatigarte, à esse intento
te hago saber, que no ignoro
la clausula de heredero.
Decid, si huviere otra cosa.
Emb. Otra hai que deciros quiero,
que es el fin à que he venido:
perdonad si soi molesto.
Una clausula hai que dice,
mas por modo de consejo,
que no para executarla
por rigoroso precepto.
Y porque no haya discordias
entre España, y el Imperio,
al señor Emperador
sa parta Embaxador luego,
à proponerle si gusta
dar su hija en casamiento
à Felipe, para lustre,
y consuelo de sus Reynos.
A esto el Rey, señor, me embia,
porque desea el acierto,
y yo de la parte mia,
justamente considero,
que unidas las tres Coronas,
de la Christiandad el centro,
acabaràn de esta vez
Calvino, Arriano, y Lutero.
Joseph. Embaxador, di à tu Rey,
que he oido todo el contexto
de tu embaxada, y que crea
de nuestra amistad, que siento
no poder darle à mi hermana
para su esposa à su nieto:
que esta dicha nos la sufra
un oculto ligamento,
que no puedo declarar,
por lo que importa el secreto;
y que en nombre de mi padre,
y en el mio le agradezco,
memoria con que procura
à todos favorecernos;
que no pudiendo servirle,
y siendo quien le perdemos,
ocultas causas nos dexan,
solo con el sentimiento.
Ved si se ofrece otra cosa,
porque es dia de correo. *Levantanse.*
Emb. Guarde à Vuestra Magestad
para mil triunfos el Cielo. *vase.*
Joseph. Vamonos presto à escribir
al Reyno de Inglaterra,
intimandole lo bien
que puede estarle esta guerra:
Que el Reyno de Portugal,
atendiendo à su defensa,
en qualesquiera ocasiones
nos tendrà la puerta abierta.
De Aragon no desconfio,
porque con gran ligereza,
en ofreciendole alivios,
se rendirà a la propuesta.
Italia, me quiere mucho;
y si cierta estratagema
se me logra, ayudarà

todo

todo el Reino de Valencia.
Y sirvan ahora todos,
por si se logra la empressa,
que despues podrà guardar
cada uno su cabeza. *vase.*
ale Lucif. No hai q̄ desmayar, astucias,
porque con grandes extremos
consiguen mis sugestiones
marabillosos efectos.
Ahora vengo de Alemania
de estorvar un casamiento,
que si lo han executado,
se ha estremecido el Infierno;
pero ya queda fustrado,
y Alemania en el empeño
de ir à conquistar à España,
entrando à sangre, y à fuego:
que aunque tienen discurrido,
por mas acertado medio,
comenzar de pretendientes
con alhagos, y cortejos,
yo excitarè con las iras
à que el furor tenga efecto;
criando entre mi zizaña
contentos, y mal contentos.
Y no es assi como quiera
el grande estrago que he hecho;
porque quedan persuadidos,
con mis sutiles enredos,
à que con Inglaterra
hagan liga, porque à un tiempo
unos derramen la sangre,
y otros assuelen los Templos.
Lleguè à Portugal, y hallè
al valiente Rey Don Pedro
engolfado en confusiones,
todo lleno de mysterios,
discurriendo qual seria
su mas ajustado acierto.
Pusele la bateria,
y antes de pegar el fuego,
le dì una proposicion,
tan medida à mi deseo,
que me pareciò que havia
leido mi pensamiento.
No teniendo allì que hacer,
y hallandome mui contento
(si cabe contento en quien
vive entre rabias muriendo)
me passe hasta Inglaterra;
y referir por extenso
tanta maquina de almas
como allì seguras tengo;
es ponderar impossibles,
y por esso me suspendo.
Por fin, yà todos rendidos
al influxo de mi fuego,
les dexo mui persuadidos
à los Nobles, y Plebeyos,
en que han de perder sus vidas
por ayudar al Imperio;
y dicen, que assi asseguran
dos triumphos à un mismo tiempo;
uno es, que su Religion
conserve su lucimiento;
otro es que con el motivo
de irse conquistando Reinos,
podràn ensanchar sus Leyes,
dando esta gloria à Lutero.
Passè à Saboya, y hallè
con grande gozo, y consuelo
al Duque, y à la Duquesa,
hablar sobre casamiento
con su hija, y con Phelipe
Quinto, el Señor de estos Reinos;
que el Rey de Polonia estaba
hablando sobre este intento.
Los padres estàn gustosos,
y me tiene sin aliento
discurrir, que lo executan,
sin poder poner remedio.
Aqui: hai de mi! me acobarda
un escrupulo, ò recelo,
que el corazon se me abrasa
cada instante que me acuerdo;
que esta Infanta es de la Casa
de David, la que en un tiempo
criò à mi fuerte enemiga
MARIA, Madre del Verbo;
la que con grande arrogancia
puso su planta en mi cuello.
Lo que mas me importa ahora
es viciar el casamiento,
porque si à mi gusto salen
encontrados sus afectos,
asseguro la victoria
contra Dios, y contra el Cielo.
Goze el Duque de Saboya

de estas horas, que no puedo
usar de mi libertad;
que yo le buscarè en tiempo,
con mis delgadas industrias,
y con eficaces medios,
para que à si se aborrezca,
y por consiguiente espero,
que aborrezca à sus Estados,
à su hija, y à su yerno. *vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Duque de Saboya, su hija, Mariana è Isabèl.

Duq. Hija, mira què resuelves,
porque quiero responder.

Reina. Quando yo, señor, nacì
à ocupar la Magestad,
nunca tuve libertad,
porque al nacer la perdì.
Y quando al Cielo debì
justamente complacer,
dexar de condescender
contigo, nunca es razon;
con que en mi no hai mas accion,
que saber obedecer.

Duq. Tu cuerda resolucion,
y modo de responder,
justamente he de tener
impressa en el corazon,
porque tan noble atencion,
es don que al Cielo has debido;
su piedad te da un marido,
de Casa tan elevada,
que Dios la tiene ilustrada;
y con Divinos favores,
le diò su mano tres flores;
con que la dexò ensalzada.

Reina. Aunque yo siempre, señor,
he procurado agradarte,
me es tan sensible el dexarte,
que excede al mayor dolor.

Duq. Pues quando tenga lugar,
no te passarè yo à vèr?

Reina. No sè si llegue à creer,
que me puedas olvidar.

Duq. Quien duda mi obligacion,
ofende mi realidad.

Reina. Si he de decir la verdad,
me lo dice el corazon.

Duq. Que olvides la aprehension
es lo que te he de deber;
à Dios hija, que es ya tarde,
y me voi a responder:
Mariana queda contigo,
que te podra entretener.

Quedase la Reina suspensa

Mariana. Me parece, gran señora;
que te has quedado suspensa:
no te acobarde el estado,
ni confusiones padezcas,
que si de Dios estuviere,
que seas de España Reina,
ni es razon que esto desprecies;
ni menos es que lo sientas;
y por fin, es Sacramento,
que honestas glorias encierra.

Reina. Las que como yo nacimos,
sujetas à la obediencia
de haver de tomar estado,
nada menos nos alienta,
que la voz del matrimonio;
no digo, que este no tenga
la solemnidad consigo,
y la amistad de la Iglesia,
que tan alta Magestad
con tanto amor representa:
si porque à nuestros oidos
no hai estado que nos mueva;
como cambiar los Palacios
por la estrechez de una Celda;
y es mui facil de entender,
segun esta inteligencia.
Ninguno vive con cabal contento;
y todos anhelando à mejor suerte,
pues qualquiera su vida la convierte
en la solicitud de mas aumento;
pero en nosotras cessa el pensamiento
porq̃ no hai mas q̃ ser, cõ q̃ se advierte
que aspirando a ser mas para ir al Cielo
desde una Religion se toma el vuelo.

Mariana. Es assi; pero aunque vos
vais con principios fundados,
señora, en todos estados
se puede servir a Dios.

Reina. Esto es en cosas decentes
passar, Mariana, la tarde,
que en todo he de executar
la voluntad de mi padre.

Mariana. Señora, me das licencia,
para que pueda contarte
en una casualidad
lo que me passó otra tarde,
que vide a Phelipe Quinto
viniendo surcando mares?
Reina. Mariana, por dàrte gusto
lo harè; mas no te dilates,
que aun todavia no es tiempo
de dar oìdo a essas frasses.
Mariana. Pues, señora, serè breve,
que no intento disgustarte.
A la puerta de la mar
sali un rato à deleitarme,
à tiempo que un gran navio
vide àzia el Muelle cercarse.
Saltò en una lancha à tierra
un Caballero arrogante,
que sin decir èl quien era,
lo demostraba su talle.
Salieron doce criados
con diferentes plumages,
que del señor se pusieron
ocho, ò diez passos distantes.
Se estaba en el Arenal
passeando, con tal arte,
que me puse a discurrir
si era hombre, ò si era Angel.
Yo llena de confusiones,
y haciendoseme ya tarde,
porque la curiosidad
siempre està de nuestra parte,
con un lienzo hice una seña
à uno de los doce Pages.
Cercòse, usando conmigo
aquellas urbanidades,
que los Nobles acostumbran
con mugeres principales.
Saludòme mui discreto,
yo le respondi agradable;
y despues de haverle oìdo
mil discursivos ambages,
le preguntè, que quien era
aquel señor, que distante
de los otros once estaba,
con aquel blanco plumage.
Respondiò, el Duque de Anjou,
que ha salido à deleitarse;
porque quando à otros sofocan
las tormentas de los mares,
mi señor mas se divierte
con los mas recios combates.
Su avuelo es el Rey de Francia,
y el señor Delfin su padre;
es discreto sin segundo,
y en las armas tan gigante,
que si Alexandro viviera
le rindiera vassallage.
Juega trucos, y pelota,
y en el mallo es tan pujante,
que hasta ahora no ha encontrado
igual competencia en nadie.
El plomo de su escopeta
es la ruina de las aves:
se pone sobre un caballo,
con tal brio, y con tal arte,
que una vez queriendo un bruto
por soberbio desecharle,
subieron en una pieza
tanto à la Region del aire,
que le imbidiò Ganimedes,
y en tierra le emulò Marte.
Esto dixo, y à una seña,
que hizo su amo con un guante,
èl, y los demàs partieron,
todos juntos à embarcarse.
En esta ocasion le vi,
y oì sus habilidades.
Reina. Por cierto, que la pintura
la has formado con arrisco,
y tu grande discrecion
dà los colores tan finos,
que entre tus matices haces
presente al favorecido.
Y si à un galan le dibuxas
con tan metodico estylo,
què dixeras de una dama,
aunque algo fuera fingido?
Mariana. Señora, con realidades
aprendi lo que he sabido,
que yo à nadie puedo dar
lo que el Cielo le ha escondido.
Si pintara tu hermosura
todo me lo hallara dicho;
porque en pelo, frente, y cejas,
ojos, y nariz, te advierto,
que has nacido à publicar
el poder que tiene el Cielo.

En tu boca estoi mirando
partido un clavel por medio,
vertiendo por sus heridas
corales à un mismo tiempo.
En tu preciosa garganta,
quando reparo, contemplo
à la nieve en la blancura,
y à la Garza en el asseo.
Al inclinarme à tus manos,
si un instante me divierto,
juzgo las palmas por nardos,
y por jazmines los dedos.
Siempre que miro tu talle,
mil confusiones padezco,
porque temo no se quiebre
con un leve movimiento.
Diràs, que esta hermosa obra
necessita de cimiento;
pero como es milagrosa,
su pie no se vè en el suelo.

Reina. Favorecedora estàs,
Mariana, y aunque no creo
de mi essa fina pintura,
por ser tuya la celebro.

Mariana. Nunca haces mayor, señora,
tu lucido entendimiento,
porque en su desconfianza
se acreditan los discretos.

Mirando à dentro.

Mas, señora, el Duque viene,
parece que algo suspenso.

Sale el Duque triste.

Duq. Què hai, hija? en què se ha passado,
desde que yo me fui, el tiempo?

Reina. Como yo siempre, señor,
tanto à Mariana celebro,
qualquiera discrecion suya
para mi es divertimiento.
Parece que vienes triste?

Duq. No porque aunque causa tengo,
quiero anticipar tus gustos
à mis mayores aumentos.

Reina. Pues el mayor que yo tenga
serà mi obedecimiento,
en este cifro mi dicha,
y en èl consigo el acierto:
Diste el si al Embaxador?

Duq Si, y ya no tiene remedio:

Reina. Luego estàs arrepentido?

Duq. Yo de nada me arrepiento.

Reina. Habla mas claro, señor,
no te expliques con mysterios.

Duq. Pues venia por la sala
de ajustar el casamiento,
tan gustoso, que asseguro,
que jamàs tuve consuelo,
que a este pudiera igualarse,
tanto por lo que te quiero,
quanto por haverte dado
por marido, y compañero
a un Monarca, que su fama
no se ignora en ningun Reino;
quando se entrò por la puerta
un Hermitaño, tan serio,
que me detuve a mirarle,
porque me causò respeto.
Yo le dixe, què queria?
y con tanto entendimiento,
con tanto juicio, y prudencia
probò que en el casamiento,
mas que se gana se pierde,
con tan grandes fundamentos,
que me dexò azibarado
todo el passado consuelo.

Mariana. Hai, señora, si seria *ap.*
Lucifer! que no es de nuevo
en la Casa de David
fingir èl otros encuentros;
pero yo fio de Dios,
si es èl, que ha de salir de estos,
como ha salido otras veces,
con el pie sobre su cuello.

Reina. Pues, padre, faltan motivos,
y politicos pretextos,
para poder quedar bien
si no conviniere hacerlo?

Duq. Ya, hija, lo dicho dicho,
tu iràs à gozar tus Reinos,
y yo harè por resistir
este fuego, que en mi pecho
aquel varon introduxo
con sus sutiles conceptos.

Reina. Pues, padre, haz lo que convenga
y con tu licencia quiero
passarme ahora a mi quarto:
Mariana, vamonos luego.

Mariana. Señora, quando gustares.

Reina. Guardete, señor, el Cielo. *vas.*

Duq.

Duq. En què pecho se havià visto
la confusion que padezco,
sin saber en lo que gano,
ni saber en lo que pierdo?
Valgame Dios! desde ahora,
que aquel fantico del yermo
me dixo aquellas razones,
traigo el juicio tan inquieto,
que quanto miro son sombras,
y quanto toco son yerros!
Pero para què fatigo
este triste pensamiento?
Acaso un pobre Hermitaño
està con algun precepto
obligado à nunca errar,
ni yo à tomar su consejo?
Luego mui bien pudo ser
quanto dixo desacierto.
Puedo yo para mi hija
lograr mejor casamiento?
No es possible: pues què aguardo?
Fueran vanos pensamientos,
que en discreta competencia
de muchos gustos propuestos,
es cordura el elegir
aquel que fuere mas cierto;
porque al que todo lo quiere,
todos los instantes vemos
perder la joya mejor,
quedando despues contento
con tomar lo que han dexado,
sea malo, ò sea bueno.
Sale Marro. Señor, yo soi un hidalgo,
que desde España me vengo
à suplicarte rendido,
que si una carta merezco
de favor, me la concedas,
para con este pretexto,
y con tu amparo, poder
pedir perdon de mi yerro.
Duque. Pues dime, què culpa tienes?
Marroq. Gran señor, de malcontento,
porque me dexè llevar
de otros quatro cerbeceros,
y dixe, que al Archiduque
queria yo como ellos:
de hombres es errar, señor;
à tu gran piedad apelo,
que tengo hijos, y muger,
y les dexo pereciendo.
Duque. No fuera mejor buscarles
a estos hijos su remedio
licitamente, que andarse
queriendo, ni aborreciendo?
Marr. Señor, me engañò el demonio,
con harto dolor lo siento.
Duque. Y dime, como te llamas?
Marr. D. Marroquin de San Telmo.
Duque. Quedate en casa unos dias,
hasta que discurra medio
de poder convalecerte
en tu grande desacierto:
anda, estate en la antesala,
y no entre nadie acà dentro
sin que primero me avises.
Marr. Voime, señor, al momento. *vas.*
Duque. Cada instante en mi discurso
nueva confusion padezco;
segun lo que este me avisa,
con Felipe hai malcontentos,
y presumo por su estylo,
este es hombre de talento.
Pero quando havrà Monarca,
sino es que baxe del Cielo,
con quien todos sus vassallos
estèn bien à un mismo tiempo?
Sale Marr. Señor, un pobre Hermitaño
dice, que si podrà verte?
Duq. Si serà aquel venerable?
Dile, Marroquin, que entre.
Sale Lucifer de Hermitaño.
Luzif. Sea alabado el Señor.
Duq. Por siempre sea alabado.
Luzif. Señor, como en la antesala
no pude hablarte de espacio
he buscado esta ocasion,
que tanto la he deseado.
Duque. Digame su Caridad,
què interessa en este caso?
Luzif. Los que ajustados vivimos,
continuamente zelamos
movimientos de Monarcas
quando suelen ir errados.
Duque. Yo bien conozco mi error;
mas me tiene consolado,
que aunque en una parte pierdo,
en otra parte lo gano.
Luzif. Dime, señor, què ganancia
puede

puede haver que importe tanto,
que deba hacer contrapeso
al oro que has despreciado?

Duq. Le respondo, que esto es luego,
y lo otro va mui largo,
y el que dà al tiempo que ofrece,
debe ser privilegiado,
pues nunca es lo prometido
del valor de lo contado,

Luzif. Y en esto tu varonia,
què Provincias ha ganado?

Duque. Reynos hai que conquistar,
y yo entrarè en este caso,
por su padre por amigo,
por quien soi, y por aliado,
que España, Francia, y Saboya,
como no nos desunamos,
no serà mucho que al mundo
entre los tres le partamos.

Luzif. Y dime, esso và mui cerca?

Marroq. Oiga el picaro Hermitaño,
y con què melocidad
le và apretando los lazos.

Duque. Yo no digo, que va cerca;
pero aunque fuera mas largo,
asseguranda esta empressa
para mi hija, si acaso
despues no huviere fortuna
de rendir Reynos estraños,
yo me estoi como me estaba,
y mi hija està reynando.

Luzif. Enfin, señor, tu veràs,
mirandolo mas de espacio,
que es en fama contra ti
todo quanto has pronunciado.
Yo te buscarè tu ruina, *ap.*
yo te buscarè tu estrago. *vas.*

Duque. Marroquin, has escuchado
a este santico del yermo?

Marroquin. Si, señor, y me parece,
que trae el diablo en el cuerpo.

Duq. Pues de todo lo que ha dicho,
dime tu, què juicio has hecho?

Marroq. Lo primero es, que este viene
à estorvar un casamiento;
esto yo sè que es pecado;
luego el principio no es bueno.
Lo segundo es, que en Saboya,
segun me han dicho allà dentro,
todo es fiestas, y alborozos;
todo es gustos, y contentos;
deseando vèr logrado
tan dichoso casamiento;
y no siendo despreciable
ningun antiguo proverbio;
mui bien puedes entender
lo que dice voz del Pueblo.
Lo tercero es, que el santico,
es un Dragon carnicero,
que quiere que todos caigan,
como èl cayò por soberbio.

Duq. Segun esso, es el demonio.

Marroq. Pues acaso yo lo niego?
y si es el que yo presumo,
segun lo grave, y lo serio,
es este el que regentea
las Cathedras del Infierno,
y el que tiene el primer voto
en todos los argumentos.

Duq. Anda de aì, mentecato,
que entiendes tu poco de esso.

Marroq. En esta ciencia, señor,
de conocer los enredos
de esta especie de Hermitaños,
te puedo decir por cierto,
que muchos grandes la ignoran;
y la saben los pequeños.

Duq. Mystico estàs, Marroquin;
pero pues adviertes esso,
como pudo el Hermitaño
moverte à ser mal contento?

Marr. Porque à qualquiera le es facil
el saber dar un consejo,
que theoricos hai muchos;
pero practicos hai menos.

Duque. Formal estàs, Marroquin.

Marroq. Si estoi, y con tanto miedo
de haver visto al Hermitaño,
que se me ha erizado el pelo.

Duq. Aquella humildad te assombra?

Marro. Si, señor, porque yo tiemblo
de las garras del Leon
quando le viene alhagueño,
escondiendole las uñas
entre la piel de cordero.

Duque. Cobardes sois los humildes.

Marro. Pues mira, q̃ en los soberbios
tiene este su patrimonio:

ño hablo por ti, yo me entiendo.
Duq Esso no habla con Monarchas.
Marroq. Como no cometan yerros;
en esse caso señor,
yo te dirè, que concedo.
Duq Digo, que estàs licenciado;
mas volviendo à nuestro intento,
yo voi à que se execute
el tratado casamiento,
que si luego acaeciere
algun motivo ò pretexto
para aumentar mis Provincias,
poco importa que estè hecho.
Marroq. Y es esse, señor, el fruto,
que sacas del argumento?
Duq. No hai ser padre siendo Rey;
por algo se dixo esto. *vase.*
Marroq. Si el Duque se explica assi,
y es el que va à ser su suegro
del señor Felipe Quinto,
por què he de tener yo miedo
de proseguir en mi empressa,
pues que adelantado tengo
conocer al Archiduque,
y saber lo que le quiero?
Y aun està en la aprehension
de que yo le estoi sirviendo
entre otros muchos criados,
de mas antiguo espensero;
y acaso podrè lograr,
que passandose algun tiempo
me quiera sacar de pobre,
que ha mucho que lo deseo;
pues si en seguirle no dudo,
ya es por demàs el empeño.
Señalando à la puerta por donde saliò el Duque, y èl por otra.
El Duque entrò por aqui,
y yo por acà me vuelvo,
persuadiendo à los que encuentre,
para que hagan lo mesmo,
porque yo para incitar
siempre me he hallado dispuesto,
Vase. y sale Fernando.
Fern. Si yo acertàra à encontrar
algun amigo esta tarde
para divertir el tiempo,
me fuera mui apreciable;
porque en estos casamientos
de los Reyes ha de estarse
un criado sin moverse
à esta parte ni à otra parte,
oyendo mil etiquetas,
mil periodos, y frasses,
mientras da gana al Obispo
de usar de las esponsales.
Esta la Reyna por cierto
con tan peregrino arte,
que parece que ha embiado
Dios desde su Esfera un Angel;
Y el Rey? es otro prodigio;
pues lo serio, y agradable
no dice Magestad sola,
que dice mil Magestades.
Què haya corazon tyrano;
què haya fiera, què haya aspid,
que en defensa de estos Reyes
no quiera verter su sangre?
Sale Marroquin embozado.
Marroq. Quien vive?
Fern. Felipe Quinto.
Marroq. Vuelvalo à decir, hidalgo;
Fern. Amigo, lo dicho dicho.
Marr. La voz de amigo me alienta
Acercandose.
à decir à usted que llegue,
que tenia deseado
encontrar con un prudente;
de quien yo vuelva enseñado;
y vencido justamente.
Por este medio discurro, *ap.*
que se desvanezca este,
y assi conseguirè de èl
despues lo que yo quisiere.
Hablando con Fernando.
Hai aqui quien nos escuche?
Fern. No hai aqui sino es paredes.
Marroq. Y usted me darà licencia
para que yo manifieste
en favor del Archiduque
los motivos que tuviere,
probando que esta Corona
le toca, y le pertenece?
Fern. El estàr tan al principio
solo puede convencerme
à que tal cosa consienta;
pero en passando dos meses
de mi no lo lograrà,

ni usted, ni otro mas valiente;
porque hablar en un derecho
tan claro como lo es este
del señor Felipe Quinto,
no puede ningun prudente,
porque en cosas tan sagradas
no ha de querer exponerse,
ni arriesgarse à cometer
delito de crimen lesse.
Però por vèr si te saco
del delirio que padeces,
y porque aqui estamos solos,
di todo lo que quisieres.
Marro. Conoce ustè al Archiduque?
Fern. Mui bien y assi usted prosiga.
Marr. Sabe usted, que en lo dispuesto,
en lo galàn, y entendido
le quiso adornar el Cielo?
Fern. Si, señor; pero hasta ahora
en toda la edad que tengo,
à ninguno por galàn
he oido que herede Reynos;
y aunque esso assi sucediera
en estos casos que niego,
de galàn, y de brioso,
de prudente, y de discreto,
hablando con la modestia,
que tan justamente debo,
en todo Felipe Quinto
le excede con quinto, y tercio.
Con què en este silogismo
usted se vence? *Marr.* Me venzo.
Fern. Pues vaya diciendo usted,
que yo le irè respondiendo.
Marroq. El señor Felipe Quarto
quando hizo su testamento,
à Carlos el Archiduque
no dexò por su heredero?
Fern. Si, señor; pero su hijo
representò su derecho;
y haviendo en este cessado
la varonia, teniendo
hechas consultas con sabios,
todos juntos resolvieron,
que el señor Felipe Quinto
era el llamado à estos Reynos,
porque sin violencia alguna
representaba el derecho
de hermana mayor de Carlos,
de quien es Felipe nieto.
Marroq. Y no le obsta la renuncia
que hizo, quando el casamiento
trato con Luis, Rey de Francia?
Fern. Con el principio resuelvo,
porque no puede una abuela
quitar su derecho al nieto;
y si esto es en cosas cortas,
què harà en las de tanto peso?
A quien hace la renuncia
rigoroso ligamento,
es al Principe que fuere
del Rey de Francia heredero;
porque no recaiga en uno
aquel Reyno, y este Reyno.
Con què en esta inteligencia
usted se vence? *Marr.* Me venzo.
Y quando hai dos pretendientes
à Mayorazgos ò à Reynos,
no favorecen las leyes
la varonia primero?
Fern. Distingo: si es donde corre
la ley Salica, concedo;
pero si fuere en España,
que nunca ha passado, niego;
y esto tengo de probarlo,
no solo con un exemplo.
Nunca ha sido contra ley
elegir al heredero
por hembra, si representa
el immediato derecho.
Doña Isabèl, la Princesa
de Castilla, haviendo muerto
el Rey Enrique su hermano
sin sucesion, à este Reyno
heredò que con Fernando
de Aragon, se casò luego,
y aun por este matrimonio
las dos Coronas se unieron.
Tuvieron en succession
à Doña Juana que haviendo
faltado Doña Isabèl,
succediò, con que bien pruebo,
que el que se herede por hembra,
nunca fue contra derecho;
y esto es facil de entender,
segun estos dos exemplos.
Rascandose la cabeza.
Marroq. Yo no acabo de entender

estas cosas. *Fernan.* Pues, parlero,
quien te mete en Theologia,
sin saber el Padre nuestro?
Marro. Pero como estas Naciones
nunca con amor se unieron?
Fernan. Essa es mayor boberia,
pues es con abusos necios
dar complacencia al demonio,
y desagradar al Cielo,
en querer aborrecer
los proprios hermanos nuestros,
que professan nuestra Ley,
y creen nuestro Evangelio.
Y si miras las Historias,
verás en antiguos tiempos
à España, y Francia hermanadas,
dando al mundo muchos zelos.
Con que haviendo à tus discursos
uno à uno satisfecho,
en què estado nos hallamos?
dime, te vences? *Marro.* Me venzo.
Saca Fernando un bonete colorado, y se le pone.
Fernan Este bonete traeràs
en fè de convencimiento,
y has de tenerlo contigo
hasta dos años y medio.
O vida bachillerias,
y mira, que el Rey del Cielo
te cantarà de sufrirte,
y te echarà à los Infiernos.
Como te olvidas, ingrato,
de un solemne juramento,
que con los mayores gustos,
por ti, y por todos hicieron,
las Ciudades que hacen Corte,
con el mas grande contento?
Estandartes tremolaron,
fiestas de Toros te hicieron,
jubilos, y regocijos
en toda España se vieron:
no malogres la ventura
del Rey, que te ha dado el Cielo.
Marro. Amigo, debo decirte,
que te estimo essos consejos,
y te empeño mi palabra
de poner todos los medios,
que conduzcan à vencer
el Astro, que està influyendo
en mi loca fantasia;
ò en mi torpe entendimiento;
y de retirarme à Flandes,
con un pariente que tengo,
à servir alli à mi Rey,
y à llorar mis desaciertos. *vase.*
Fernan. Què sea tal la eficacia
de aquel lobo carnicero,
que si qualquiera le escucha,
le introduce su veneno?
y que hai hombres tan sencillos,
que no temiendo estos riesgos,
se le pongan frente à frente
à oirle sus argumentos,
ordenandoselo a todos,
que ninguno pueda hacerlo?
Yo me voi, pues ya discurro,
que està hecho el casamiento,
por si algo se ofreciere,
antes que me echen menos.
Y si acaso Marroquin
està llorando su yerro,
bien puedo estar con el gusto
de que no he perdido tiempo,
aunque el que una vez fue malo,
pocas veces serà bueno. *vase.*
Sale Mar. Què haya yo estado tan ciego
por mi ingrata veleidad,
creyendo lo que es incierto,
y huyendo lo que es verdad?
Gracias à Dios, que he salido
de tan grande ceguedad!
Dentro Carlos de Austria en voz:
Carl. Tente, bruto desbocado,
enfrena ya tu soberbia.
Voz dent. Salta en la lancha, señor;
que ya estàs cerca de tierra.
Marro Hai, Virgen Santa del Carmen;
que es Carlos el que se anega!
Sale Carlos de Austria con assombro.
Car. Gracias a ti, Dios immenso,
que libras de que zozobre
en riesgos tan conocidos,
a un corazon que es de bronce;
pues conociendo su error
a tu piedad no se acoge,
pidiendote muchas veces,
que mis designios perdones.
Repara en Marroquin.

Marroquin?

Marro. Señor, què traes,
que vienes tan demudado?

Car. Escucha atento, y sabràs
todo lo que me ha passado.
Yo sali de Inglaterra,
tan lleno de confusiones,
tan contra mi voluntad,
y tan ciego de temores,
que mi noble corazon
fue pronostico conforme,
que quanto he passado ahora,
piadoso me anunciò entonces.
Por el gusto de mi hermano,
con quarenta Embarcaciones
sali para Portugal,
con ocho, ò nueve mil hombres;
y passando la Canal,
fueron tan grandes los golpes,
que las aguas enojadas
repetian tan disformes,
que assustados igualmente
todos nuestros corazones,
imploràbamos al Cielo
para vèr si nos socorre.
Los arboles se nos quiebran,
las jarcias se descomponen,
los trinquetes se quebrantan,
las mesanas se nos rompen;
y batiendo los Navios
con los encuentros veloces,
algunos desampararon,
con el susto, los timones.
Y finalmente, faltò
el dia, y entrò la noche,
amenazando las vidas,
y entre tinieblas, y horrores,
el ambito parecia
todo un mar de confusiones;
porque como se encontraron,
con lo obscuro de la noche,
rayos, truenos, y granizo,
nieblas, vientos, y temblores;
podràs tu considerar
como estaria yo entonces,
hasta que piadoso el Cielo,
usando de sus favores,
me echò en una lancha a tierra;
y sali a este Puerto, adonde
encontrandote cautivo,
tengo nuevas confusiones.

Mar. Tan suspenso me has dexado,
y tan lleno de temores
de haverte oido, que doi
gracias à Dios mui conforme;
porque à mi quiso sacarme
de tan malas ocasiones.

Car. Què Puerto es este?

Marro. De Flandes.

Car. Y què haces aqui?

Marro. Me he vuelto,
satisfecho de un engaño,
à reconocer mi centro.

Car. Pues si habitas tu Pais,
adonde estaràs contento,
por què traes esse bonete,
que es señal de cautiverio?

Marro. Señor, ahora es costumbre;
que a los que fueren volviendo,
confessando su delito,
con fixo arrepentimiento
de haver sido desertores,
que se tenga piedad dellos;
con calidad, que esta insignia
traigan dos años y medio.

Car. Siempre estàs de bufonada:
ven, Marroquin, y saldrèmos
a las riberas del mar,
porque alli descubrirèmos
algunos de mis Navios,
para vèr si toman puerto.

Marro. Señor, no puedo ir contigo;
porque si à incurrir me vuelvo
en delito de Alemàn,
este bonete que tengo
se convertirà en coroza,
y aun podrà ser que en docientos.

Car. Mira, que no estoi de espacio,
sigueme, no seas necio.

Mar. Pues, señor, si he de ir contigo,
has de tomar mi consejo.

Car. Di presto, que ya te escucho.

Marro. Por Dios te pido, y te ruego,
que te vuelvas à Alemania,
adonde tienes tan ciertos
tantos gustos que te brindan;
tantos dulces embelesos,
tantas musicas acordes,

y tantos divertimientos.
Pues què gloria es intentar
quitarle à nadie sus Reynos,
à costa de mil trabajos,
mil discordias, mil encuentros,
que no sabes si saldràs
con vida de alguno de ellos?
Carlos. No me canses, Marroquin,
que harto quebrantado tengo
de essas consideraciones
este triste pensamiento.
Pero aunque miro à esta empressa
con grande aborrecimiento,
una pesada violencia
persigue à mi entendimiento,
que si intento desistirme,
me abrasa un voraz incendio.
Marro. Pues aunque yo esto te digo,
tambien padezco algo de esso;
pero no obstante, señor,
haz por vencer esse fuego.
Carl. Ya te he dicho, Marroquin,
que no es tiempo de consejos;
yo voi à buscar mi armada,
que es lo que me importa luego,
y à despachar à Saboya,
que presumo que à este tiempo
mi hermano le havrà movido
al Duque para ser nuestro;
pues à las ofertas grandes
se mudan los pensamientos.
Marroq. Señor, mira que te pierdes.
Carl. Yo no ignoro que me pierdo;
pero haviendolo emprendido,
y no teniendo remedio, *à voces.*
al arma, al arma, à la guerra,
piedad, Astros, piedad, Cielos. *vas.*
Marroq. Y yo, en seguir à mi amo
mui bien conozco que yerro;
pero haviendo comenzado,
y no teniendo remedio
el dexar de proseguir. *à voces.*
piedad, Justicia, si vuelvo. *vase.*

JORNADA TERCERA.

Salen la Reyna, Doña Mariana, è Isabèl.
Mariana. En este Pensil, señora,
podràs divertir la tarde.
Reyna. Mariana, nada me gusta,
estando ausente mi amante.
Mariana. Confia de Dios, señora,
que le has de vèr quanto antes
en tu Real Casa, y Palacio,
de sus contrarios triunfante.
Vna silla prevenida.
Reyna. Es mui escasa mi suerte,
y esto podrà ser bastante
para que todas las dichas,
que el Rey sepa grangearse,
por ser yo la interessada,
se le vuelvan en azares.
Hazme sacar una silla,
y podràs mandar que canten
Sacan la silla.
de mi tristeza, que el crudo
funesto horror de los males,
con el repetirle, suele
Sientase la Reyna.
tal vez familiarizarle.
Mariana. Cantad, si lo haveis oido,
como ha mandado la Reyna.
Musica. Mientras Dios se satisface
de las culpas de los Pueblos,
con abundantes espinas
labrarèis Corona, y Cetro.
Reyn. Señor, si yo soi la causa,
cesse en mi el ultimo aliento;
y si gustais que padezca,
abreviense los tormentos.
Musica. No presumo que eres causa,
sino es que has sido instrumento,
que para templar sus iras
te ha puesto delante el Cielo.
Reyna. Si por ser, Señor, quien sois
mi amor haceis instrumento,
Con el lienzo en los ojos.
tened piedad de mi llanto,
no desnudeis el azero.
Musica. Segun muchas profecias
puedes tener el consuelo,
que antes del año de siete
veràs gloriosos tus Reynos.
Reyna. Hagase la voluntad
del Señor, y en èl espero,
que repare su justicia
en los Clavos, y el Madero.
Voz alta adet. Viva el Duque de Saboya
en favor de Carlos de Austria.

Levantase la Reyna assustada.

Reyn. Mariana, que voz fue aquella,
que tanto me sobresalta?
Mariana. Señora, lo que entendi,
si el oido no me engaña,
viva el Duque de Saboya
en favor de Carlos de Austria.
Reyna. Señor, què recio comienzan
los golpes de vuestra espada!
No siento, padre, tu ausencia,
pues por tu gusto te apartas;
pero siento, que es Luzbel
motivo de tu mudanza,
y que has creido por fin
del fiero Dragon sus trazas.
Es possible, padre mio,
que hay a podido su audacia
borrar de tu corazon
aquella luciente llama,
y aquellos tiernos cariños
con que me tienes criada?
No te acuerdas de las vezes,
que en tus brazos me tomabas,
quando mi menor edad
con alhagos celebrabas,
que los mayores requiebros
que conmigo acostumbrabas,
era decirme, mis ojos
te vean Reyna de España?
Pues si ya, señor, me has visto,
què motivos, ò què causas
puedes ahora tener,
que assi, padre, me maltratas?
eran essos tus cariños?
Pues què Tygre, fiera Hircana,
podrà haver que assi aborrezca
la hija de sus entrañas?
Pero como me enternezco
estando de mi olvidada?
No es mi padre el que se ausenta?
Y no es el proprio que manda
en su libre entendimiento?
Pues como à mi me acobarda
el amor que yo le tengo,
quando de mi ruina trata,
tomando contra mi esposo,
ingrato, y cruel las armas?
Si siempre de un padre à un hijo
hace amor mas consonancia,
por què de una hija à un padre
ha de ser oy la ventaja?
Vuelve por ti, corazon,
prevente à tener constancia,
advirtiendo, que el amor
quando con rigor le pagan,
se entibia con la razon,
como el fuego con el agua.
Pues què padre se havrà visto
de condicion tan tyrana,
que intente mirar su sangre
por la arena derramada,
ofreciendose à ser muro
en las venas de la estraña?
Pero, ay de mi! que aunque siento
esto en la razon fundada,
es el labio el que pronuncia
quando la vida desmaya!
Ay, padre del alma mia!
ay, querido de mi alma!
ya, aunque deseaba vèrte,
he perdido la esperanza,
porque siendo Luzifer
de tu ingratud la causa,
aunque à mi quieras volverte,
lo ha de estorvar su eficacia.
Quantas veces me ofreciste
con tu mano, y tu palabra,
que no podrias vivir
sin venir à vèrme à España?
Tente, labio, que desdicen
(haya causa, ò no haya causa)
las lagrymas, y el dolor
en Magestad soberana.
Al arma, potencias mias,
por mi esposo, y por su causa,
que si à mi padre le estorvo,
amor con amor se paga.
Ea, noble entendimiento,
à vencer en la batalla,
pues en mi propria defensa
debo ser privilegiada.
Memoria, no me atormentes
si de darme vida tratas,
que yo no tengo la culpa
de haver llegado a las dagas.
Pero adonde vàs discurso,
con tan fingida arrogancia,
imitando al noble Cisne,

aunque

aunque con voz encontrada,
que turbado del dolor,
y resistiendo las ansias
de la muerte, es su costumbre
morir al tiempo que canta?
Adonde vuelas, memoria,
con segura confianza,
haciendo escolta a mi vida,
si otra memoria me mata?
Como vâs, entendimiento,
discurriendo en la ganancia,
si el contrario està mirando
Con el lienzo en los ojos.
en mis ojos su ventaja?
Quê consigues, voluntad,
con salir a la batalla,
si eres tu quien obedeces,
y es mi corazon quien manda?
Quê le dirê yo á mi esposo?
Como he de mirar su cara
(quando salga à recibirle)
en su vuelta de Campaña?
Clemencia, JESVS, clemencia,
humilde os pido, y postrada,
pues mirais este dolor,
que volvais por vuestra causa.
Recoged, Señor piadoso,
aquella vida engañada,
que el Leon sangriento lleva
por sendas tan arriesgadas;
y si á costa de la mia
os mereciere esta gracia,
permitidme, que os la rinda
en vuestras Divinas Aras,
que una vida os costó poco;
pero os costó mucho un alma.
Voz alta dentro.
Voz. Viva el gran Phelipe Quinto,
invictissimo Monarca.
Dent. Voz. Viva, y con él resplandezca
la Fe, y la Iglesia sagrada.
Mariana. Señora, tu esposo viene,
segun que una dulce salva
con alegres regocijos
á su Magestad aclama.
No llores mas por tu vida,
porque aunque sea tu causa
la mas justa, no es razon
te encuentre desconsolada.
Reyna. Mariana, es tanta mi pena,
que â buen partido tomara
quitarme de su presencia,
por no mirarle â la cara,
mientras que mi esposo sepa
lo que con mi padre passa.
Mariana. No suspendas el decirlo,
pues es mi Rey un Monarca,
que ni de ingratos se aflige,
ni de contrarios se espanta.
Salen el Rey, y Fernando, y estarà la Reina con el lienzo en los ojos.
Rey. Gracias a Dios, que he llegado
á mi Corte, donde espero
con los brazos de mi esposa
muchos colmados contentos.
Repara en la Reina.
Pero alli esta, y no me mira,
y reparo, que aquel lienzo
recoge copiosas perlas
del rocio de su cielo.
Quê causa serà? Señora,
Hablando con la Reina.
possible es, que quando vengo
buscando en vuestra hermosura
mi amor, mi gusto, y mi centro,
dexandoos ya dos Provincias
rendidas á los pies vuestros,
os he de encontrar tan triste?
decid vuestro sentimiento.
Reina. Lo primero es, que mis brazos
Abrazale.
tomes, pues que gustas dellos;
y escucha ahora, señor,
mi bien, mi esposo, y mi dueño,
mi pena, si no es que antes
de referirla rebiento;
porque aunque resiste el alma
á los impulsos del cuerpo,
es tan grande mi dolor,
tan solo, y sin compañero,
que me recelo al decirlo
pueda faltarme el aliento.
Rey. Decid, y sea el que fuere,
que en gusto, y pesar soi vuestro.
Reina. Sabed, señor, que mi padre,
es oy enemigo vuestro;
Con el lienzo en los ojos.
y aliado del Archiduque.
Rey. Y no es mas vuestro tormento?
Reina. Pues este es poco, señor?
Rey. Cessen ya vuestros lamentos,
y creed, que ha muchos dias
que lo sê; y soi tan vuestro,
que lo he reservado en mi
por no daros sentimiento.
Reina. Con quê podrè yo pagaros
tanto amor sin merecerlo?
Rey. Con que olvideis vuestra pena,
y con que oculteis el lienzo;
y creed de mi fineza,

que

que si como el padre vuestro
es quien se opone á mis armas,
por sus estraños intentos,
en esta propria ocasion,
mi padre, hermanos, y avuelo,
se pusieran frente á frente
contra mi, y contra mis Reinos;
comparandole esta pena,
con la que tengo de vèros
padecer essa tristeza,
os puedo decir por cierto,
que nada pesara en mi,
como vuestro sentimiento.
Pues acaso vos, señora,
què culpa teneis en esso?
Desde oy mas, siendo quien soi,
mas justos motivos tengo
para ser con vos mas fino,
mas amante, y mas atento;
porque si hasta ahora he estado
como uno en el deseo
de agradaros, desde oy mas,
haviendoos faltado el lleno
del favor de vuestro padre,
ofrezco con nuevo empeño
(porque no estrañeis su auencia)
cumplir por los dos á un tiempo.
Ocultando el lienzo.

Reina. Bien se conoce, señor,
en essos nobles excessos,
la sangre de vuestras venas,
y el amor de vuestro pecho.
Y Dios te conceda en todo
tan prosperos los sucessos,
que á unos sirva de castigo,
y á otros sirva de escarmiento.
Y aunque esto algo se dilate,
ten fê, como yo la tengo,
que à una Monja Carmelita,
de grande virtud, y exemplo,
llamada M. de Gabriela
de Vbeda, y Jaen el Reino,
segun contiene su vida,
que sacó à luz su Maestro,
viviendo Carlos Segundo,
que en celestes Paralelos
pisa hermosas Alcatifas
de Estrellas, y de Luceros,
á esta Madre Venerable
le reve'ô el Rey Supremo,
que tu vendrias a España,
decretado allá en el Cielo,
para aumento de la Fé,
y ruina de los I[illegible]ros;
y otras muchas prophecias,
que advierten mui por extenso,
que al setecientos y siete
ya desenojado el Cielo
de las culpas, las victorias
harán gloriosos tus Reinos.

Rey. Pues yà se cercan los gustos.

Reina. No tardarán los contentos.

Rey. Vamos, hermosa Gabriela,
á descansar, que teniendo
yo por norte a tu hermosura,
nada gimo, nada siento.

Reina. Vamos, que teniendo yo,
señor, el agrado vuestro,
en él cifro mis venturas,
en él logro mis trofeos.

Mariana. Dios os dé tantos alivios,
tantas dichas, y consuelos,
que qualesquiera disgustos
hayan parecido sueños. *vanse.*

Fern. Yo fio de sus piedades,
que contra el Leon sangriento
han de buscar a su Rey
los malcontentos, contentos. *vase.*

Sale Lucif. Yà llegó el caso, furias infernales
ya llegô el caso, llamas del abysmo,
de que passen las penas, que yo passo
los que ciegos, é incautos me han creido.
Ahora si que mi rabia satisface
la sed furiosa con que siempre vivo,
invidioso de vêr subir al Cielo,
los que menos que yo le han merecido.
Si estarâ ya cansado Dios Eterno,
de querer perdonar tantos delitos?
Fue mas de una mi culpa? quié lo ignora?
vivo siempre rabiando? yo lo gimo;
pues por qué á culpas tãtas, perdon tãto
y por quê á culpa sola, tal castigo?
Si hai piedad, y justicia siempre en Dios,
por quê solo justicia huvo conmigo?
fue porque nunca quise arrepentirme?
Si, porque libre tuve mi alvedrio,
y haciendo vanidad de mi hermosura,
en Dragon he quedado convertido,
arrojandome Dios al fuego eterno,
y dandome por centro los abysmos.
Pues ahora verê si es justiciero
con tantos como dexo endurecidos,
resueltos á quitarle su Corona
á un Rey tan justo (con dolor lo digo)
que en la sangrienta guerra morirán,
sin hallarse ninguno arrepentido;
porque á todos les dexo con la saña,
que he podido engendrar entre mi brio.
Solo siento, ha! de mi! que mi veneno
no puedo formalmente introducirlo

en ningun corazon de Andalucia.
porque todos à un tiempo han ofrecido
defender fino â su Rey amante.
y morir todos por su Rey querido,
no queriendo viciar el juramento,
dolor con que me tienen abatido!
Pero como desmayo en ardua empressa,
haviendo tantos triumphos conseguido?
Rendirè la cerviz del mas ossado,
harè ceniza al mas desvanecido,
verê su estrago, y aun al mas constante
le harè vassallo del imperio mio,
que à mi poder no bastan resistencias,
si viven de la gracia desvalidos.
Estad, voraces llamas, aprestadas,
estad, lugubres senos, prevenidos,
porque voi a incitar a esta batalla,
que ya los dos contrarios se han movido;
y si consigo, que se emprenda el fuego,
le darè un gran dia à los abysmos. *vase.*

Salen Carlos de Austria, y Marroquin.

Car. Grandes nuevas, Marroquin,
espero de esta baralla.

Marro. Plegue à Dios, que nuestra gente
no se quede en la demanda,
sucediendoles lo mismo,
que aquel que iba por lana.

Car. Exercitos numerosos
nunca conocen desgracia,
porque es tanto lo que à todos
estremecen, y a un espantan,
que sin resistencia alguna
caminan ganando Plazas,
tan señores de la tierra,
como los peces del agua.

Marro. Valgame Dios lo que â mi *ap.*
me irritan estas palabras!
Si el Cielo no se ofendiera
de que yo le deseara
su mal al proximo, es cierto,
que en esta ocasion gustara
mas, que mucho de mirar
castigada esta arrogancia.

Car. Con quien hablas, Marroquin?

Marro. Decia, señor, que nada
seria tan de mi gusto,
como que veas lograda
esta empressa, que deseas,
de mil triumphos coronada.

Car. No pareces mui seguro.

Marro. Pues, señor, me dexo à España
segunda vez por seguirte,
y corro con tal desgracia,
contigo, que desconfias
del èco de mis palabras?

Car. Si no me engañó el oido,
otra cosa pronunciabas.
Y dime, què es tu interès?

Marro. Servirte con la esperanza
de que te acuerdes de mi
quando estemos en España.

Car. No te aflixas, que ya llevo
en memoria tu esperanza.

Marro. Señor, en esto estàn todos.

Car. Pues diles, que no se engañan.
Y en fin, què tengo de darte,
para que venga ajustada
â tu merito la empressa,
segun la esfera en que te hallas?

Marro. Yo estimarè que me dês
en un Consejo una plaza,
que he sido hombre de letras,
y he de sentir olvidarlas.

Car. Y à otros, què les he de dar,
que son de esfera mas alta?

Marro. Dame a mi; que si a los otros
no les quisieres dar nada,
quando estemos en Madrid
da sus hechos a la estampa.

Car. Bien dices, porque si miran
a adelantar su prosapia,
no han menester otra cosa,
si, un papel de estas hazañas,
y guardarselo a sus hijos
para blason de sus Casas.

Marro. Y como ha de ser el mote,
que he de poner yo en mis Armas?

Car. Marroquin, siendo su Rey
Phelipe Quinto en España,
por adelantar su Estirpe
passó valiente a Alemania,
faltando en el juramento
a Dios, al Rey, y a su Patria.

Marro. Señor, mira lo que dices,
que essa no es mui buena chanza.

Car. El que dice la verdad,
Marroquin, a Dios alaba.
Yo me retiro a saber
el estado en que se halla
la guerra, porque segun
lo que contiene una carta,
discurro que ya estarà
para darse la balla,
y en esta sola consiste
mi ventura, ó mi desgracia.

Marr. Señor, no irè yo contigo
por hombre de confianza?

Car. Mui mal harè yo en fiarme
de aquellos, que a su Monarca
negaron, porque conmigo

harán lo proprio mañana. *vase.*

Repiten.

Marro. Mui mal hare yo en fiarme
de aquellos, que à su Monarca
negaron, porque conmigo
harán lo proprio mañana,
y con gran serenidad
ir volviendo las espaldas.
Mui buenos hemos quedado,
por cierto, que las palabras
son mas dulces que una almivar.

Mirando à la cortina.

Bendita sea tu alma! *Passeandose.*
Què hai, Marroquin: quies volverte
segunda vez á tu patria?
No, porque ya de justicia
huele a esparto tu garganta.
Pues discurres mantenerte
todavia en Alemania?
Menos, porque no he de oir
al señor Don Carlos de Austria,
que segunda vez me advierta
lo del mote de mis Armas,
los aumentos de mi Estirpe,
y blasones de mi Casa.
Con que si aqui no he de estar,
ni menos volver á España,
discurro, que me he quedado
como el pez fuera del agua.
Què esto me suceda a mi
por una inconsiderada
resolucion! bien empleado,
estuvierame en mi casa
con mi muger, y mis hijos,
con mi Rey, y con mi patria.

Desesperado.

No hai llamas en el abysmo,
en cuya mortal borrasca
se abrase mi mal discurso,
pues él ha sido la causa!

Sale Lucif. Què tienes, querido amigo,
que estás tan desconsolado?

Marro. Qué he de tener, mi desdicha,
mi mal, mi muerte, mi estrago.

Lucif. Pues no hai alivio à tu pena?

Marro. Ni le hai, ni yo le hallo.

Lucif. Por què?

Marro. Porque soi traidor,
abatido, y rebelado.

Lucif. Essa es una efermedad,
que ninguno la ha curado.

Marro Pues què puedo hacer?

Lucif. Morir.

Marro. Pues acaso està en mi mano?

Lucif. Si eres hombre, que naciste
con pensamientos honrados,
es menos inconveniente,
que eches tu un cordel a un palo,
y tu te quites la vida,
que morir ajusticiado.

Marro. Yo no me hallo con valor
para por mi executarlo.

Lucif. Pues quieres que yo te ayude?
que por fin, eres Christiano,
y segun lo que demuestras
eres de padres honrados,
y es lastima, que mañana
te vean ajusticiado
en una publica plaza,
y se quedarán manchados
tus hijos, y tu muger,
tus primos, y tus hermanos.

Marro. Y aqui se muere con honra?

Lucif. Parecerás en un palo,
sin ponderacion alguna,
mas bien que en un nicho un Santo.

Marro. Pues ire por un cordel.

Lucif. No vayas, porque yo acaso
me eché uno en el bolsillo,
al descuido, y con cuidado,
para castigar a un hijo,
que se huyó de mi rebaño,
que quando lleguè a este sitio
a él le venia buscando:

Saca un cordel.

mirale si es de tu gusto.

Marro. Mui bueno es para este caso;
pero adonde hemos de hallar
un madero acomodado?

Estarà prevenido, y descubrelo Lucifer.

Lucif. Vesle aqui, que no parece,
si, que estaba hecho a mano.

Marro. Hasta en esso soi dichoso.

Lucif. Yo tambien afortunado
en ayudarte a morir,
que soi tan bien inclinado,
y de tan buen natural,
que me duelo en estos casos
de los hombres como tu;

Echandole el cordel al cuello.

y aunque me cueste trabajo,
por fin, puedo discurir,
que esta es limosna que hago.

Marro. Al diablo doi la limosna.

Lucif. Pues como mientas al diablo?

Marro No repares ahora en nada,
que un hombre desesperado
siempre ha tenido licencia
para mentar a los diablos.
Solo siento, que me dicen,

que

que à todos les dàn mal trato,
aunque hayan hecho su gusto
en quanto han executado.
Luzif. Ninguno havrà dicho esso
con conocimiento claro,
porque a todos los reciben
con iguales agassajos,
dandoles sus mogicones,
sus membrillos confitados,
y una bebida caliente,
que dan como vàn entrando,
de tan rara propriedad,
que aunque uno sea callado
le hace hablar dos mil primores,
como se vá calentando.
Marroq. A todo quanto me has dicho
ya vès que me he conformado;
pero padezco una duda,
que me trae con sobresalto.
Luzif. Di qual es, veras que presto
te dexo mui sossegado,
porque aunque no tengo gracia
para dàr consejos sabios,
con mi ciencia lo asseguro
al que de mi se ha fiado.
Marroq. Pues la duda que padezco
es, que me digas si acaso
hai allà en qué divertirse
à lo que uno es inclinado.
Luzif. No podràs tu discurrir
cosa que no halles à manos;
pues si por acà, supongo,
has sido tu enamorado,
te daràn allà una dama,
que si le tocas la mano,
quedaràs en sus amores
luego al instante abrasado;
y serà tanto el cariño
que esta te vaya tomando,
que aunque quieras apartarte
nunca saldràs de sus brazos.
Marroq. Y para el que ha sido acà
à baylar apassionado,
diga ustê, allà hai ocasion
de poder executarlo?
Luzif. Si, porque allà nunca faltan
algunos aficionados,
que tocan los instrumentos,
mientras uno està danzando.
Marroq. Quieres creerme una cosa?
Luzif. Qué es?
Marroq. Que muero mui consolado,
porque tengo en esta hora
varon tan justo à mi lado.
Luzif. Di si tienes otra cosa,

Arrimandole al palo.
porque ya es cumplido el plazo.
Marroq. Podrè hacer manda de Missas?
Luzif. No estamos en essos casos,
que esta especie de difuntos
te ahorran esse trabajo,
pues siempre han sido de mas
rogativas, y sufragios.
Hace que se ahorca.
Marr. Pues allà voi. *Apretandole.*
Luzif. No dilates
darme tan gustoso rato:
miren qué buena vision!
como un paxaro ha quedado;
ya està tomando bebidas
de azufre, alquitran, y rayos,
y ya es el tiempo en que yo
sin violencia, ni trabajo,
logro los triunfos que quiero
de todos los revelados. *vase.*
Sale Fern. Aqui tengo de esperar
hasta que venga mi amo.
Repara en Marroquin.
Pero qué bulto es aquel,
q̃ està puesto en aquel palo? *Cercase.*
Marroquin es, vive Christo,
qué haya yo por fin logrado
vèr à este picaro assi
por infame revelado,
arrimado à este madero,
con las manos contemplando,
fino traslado de Judas
quando amaneció ahorcado!
Quitalo, y llevaselo.
Yo le retiro, no sea
funesto escandalo al passo.
Salen la Reyna Mariana, è Isabel.
Reyna Mariana, todos son sustos,
y todos son sobresaltos,
quiera el Cielo llegue el tiempo
de assegurar el descanso.
Mariana. Yo fio de Dios, señora,
que presto veràs logrados
tantos contentos, que olvides
los azibares passados.
Sale el Embaxador de Francia.
Emb. Deme vuestra Magestad,
señora, à besar su mano.
Reyna. Embaxador, qué ocasion
te ha traido à mi Palacio?
Emb. Mi Rey, señora, me embia
à decir, que sus cuidados
no dàn lugar à que pueda
venir à veros de espacio;
y porque desea mucho

saber por cierto el estado
de vuestra salud, yo vengo,
à este fin soi embiado.
Reyna. Como queda mi señor,
que Dios guarde y mis hermanos?
Emb. Puedo deciros por cierto,
que los dexo tan bizarros,
que en su salud, y personas
no hallo con quien compararlos.
Ha llegado acà el de Orlians,
y los doce mil soldados
con que mi Rey celebró
las permissas del preñado
de vuestra Real Magestad.
Reyna. Al Exercito ha passado
à ver si en esta batalla
puede hallarse, porque estamos
con grandissimo deseo
de un hora a otra esperando
victoria, con que dexemos
los enemigos postrados,
à ver si fuere posible,
que queden escarmentados.
Emb. Y vuestro esposo señora?
Reyna. A Aranjuez salió a caballo
à esperar alli las postas,
que está con algun cuidado.
Dent. voz. Viva el Gran Felipe Quinto,
que ha triunfado del Imperio.
Reyna. Qué voces serán aquellas
tan alegres, que contemplo
en ellas la voz sonora
del aplauso de mi dueño?
Mariana. Señora, tu esposo viene
tan galan como contento.
Emb. Si llevaré yo á mi Rey
la noticia del trofeo?
Reyna. Què ventura serâ esta!
Sale el Rey de militar, y Fernando.
Rey. Yo la diré por extenso,
Con un pliego en la mano.
que ahora acaba de llegar
la Posta con este pliego.
Tenian los enemigos
á Villena sitio puesto,
y un Capitan con cien hombres,
y doce paysanos diestros,
que estaban de Guarnicion,
arrojaron tanto fuego,
que á veinte y quatro de Abril
le hicieron quitar el cerco,
despues de estar siete dias
el Castillo combatiendo.
En el dia veinte y cinco
con su Exercito se fueron
á Almansa, que alli dos dias
le estuvo esperando el nuestro
acampado, dando assombro
á los revelados Pueblos,
á Exercitos enemigos,
y á todos quantos creyeron
barbaramente, que yo
pudiera perder el Cetro.
Aquella mañana apenas
los dos contrarios se vieron,
quando a un tiempo se miraron,
cada uno discurriendo
los mas gigantes ardides
por lograr el vencimiento.
Al modo de dos Leones
zelosos â un mismo tiempo,
que rizadas las guedejas,
empinados los pescuezos,
enmarañadas las frentes,
y entre sus iras rugiendo,
se presentan la batalla
frente à frente, y cuerpo â cuerpo.
Mas como no es el arriesgo
el que consigue el trofeo,
porque solo se executa
lo que es voluntad del Cielo:
á las onze pareció
del enemigo soberbio
la Vanguardia, y á las dos
de la tarde se pusieron
en forma de dar batalla,
pero tan poco Maestros,
que entre caballo, y caballo
al modo de prisioneros,
pusieron â sus Infantes
en tan conocido riesgo,
que con sus proprios caballos
estropearon quinientos.
Nuestro Exercito se puso
tan gallardo como diestro,
en las alas los caballos,
los Infantes en el centro;
y escogiendo para sí
el mas seguro terreno,
le introduxo al enemigo
pena, angustia, susto, y miedo.
Y el gran Duque de Berbic
con tanto valor en medio,
que parecia un Santiago
con la muerte en el azero.
Siendo las tres de la tarde,
de los nuestros se movieron
los de la primera linea,
con tanto brio, y esfuerzo,
que batiendo al enemigo

su

su izquierda, y derecha à un tiempo,
si un instante rechazaron,
en otro instante murieron.
El Duque mirando acaso
con bizarria, y tendiendo
la vista, vió en la muralla
de Almanía, no sin mysterio,
formados dos Batallones
de Ingleses, y en un momento
dió orden para que quatro
Batallones de los nuestros,
de los de segunda linea
de la derecha, que luego
fueran alla, y los mataran,
ó truxeran prisioneros.
Y en menos de media hora
con tanto rigor lo hicieron,
que à cuchillo los passaron,
sin quedar ninguno de ellos.
Ya estaba puesto en desorden
el enemigo violento,
y abanzando espada en mano
nuestra gente por en medio,
con bayoneta calada,
en este feliz reencuentro
diez y ocho Batallones
Portugueses fenecieron.
En su derecha quedaban
dos mil caballos ligeros,
y otros cinco mil Infantes
todavia haciendo fuego.
Y el de Populi cerró,
todo lleno de ardimiento,
con diez y seis Esquadrones
de garvoso lucimiento,
que mandaba en la derecha,
y echando se sobre ellos,
les arrojó tantas balas,
y tantos golpes de azero,
que aun no percibió la vista,
porque no se le diô tiempo
para registrar los vivos,
antes de mirar los muertos.
Y si algunos se libraron,
fue porque antes se huyeron,
perdiendo la Artilleria,
Bombas, Granadas, Morteros,
y ciento y veinte Banderas
de mil colores diversos.
Todo el campo era un assombro,
todo un susto, y un lamento,
todo suspiros, y llantos,
todo pena, y desconsuelo,
todo era arroyos de sangre,
todo montañas de fuego;
pues tanto la llama alzaban
los vestidos en sus cuerpos,
que aquel campo parecia
otra Troya en el incendio.
Viendo el Marqués de las Minas
imposible ya el remedio,
pues cada instante miraba
passar à mayor su riesgo,
y él con algunas heridas,
en un caballo pequeño
pudo escaparse, con otros,
que iban ya delante huyendo.
Nuestro Exercito siguió
mas de dos leguas, y viendo,
que era llegada la noche,
de esta empressa desistieron,
porque alcanzar al que huye,
es dificultoso empeño.
Y tambien por la noticia,
que en el camino tuvieron,
de que entraban por Caudeto
trece Batallones, ciegos
de la passada tormenta,
que buscando algun remedio
se entraon en la Montaña
para no ser descubiertos.
Llegó por fin nuestra gente,
y haviendoles puesto cerco
entró el dia, y al instante,
que los contrarios se vieron
sitiados, llenos de horror,
y premeditando el riesgo,
todos rindieron las armas,
y quedaron prisioneros,
con que haviendose sabido
el numero de los muertos,
me dán cuenta, que han passado
de cinco mil y ochocientos,
nueve mil los que se tienen
á estas horas prisioneros,
veinte y cinco Coroneles,
siete Brigadieres; y estos,
y otros ochocientos Cabos,
que assegurados tenemos;
pagando assi justamente
el passado desacierto
de introducirse en mi Corte,
vanos, ossados, y ciegos,
pues si en maximas de guerra
fueran algo mas expertos,
debieran considerar,
que el salir yo de mi centro,
fue para precipitarlos,
ocultandoles el riesgo,
hasta que viendo su sangre

de-

derramada por el suelo
fueran sus ojos testigos
de su proprio atrevimiento.
Esta ha sido la victoria
tan feliz, y tan atiempo,
que presumo que será
de los vivos escarmiento,
de los muertos el castigo,
de los rebeldes trofeo,
de los traidores assombro,
de los Ingleses tormento,
de Olandeses inquietud,
de Alemanes pavimento,
de Portugueses estrago,
y horror de los mal contentos.
Este fue, hermosa G briela,
por menor todo el sucesso.

Reyna. Si una noticia feliz
se premia à qualquier Soldado,
recibe, señor, por prenda
la cadena de mis brazos. *Abrazale.*

Rey. No pudieras discurrir
cosa con que haver pagado
el valor de esta noticia,
como con tan dulces lazos.

Mariana. Recibe, Monarcha invicto,
el parabien de mis labios. *A la Reyna.*
Y à ti, señora, deseo
muchos gustos continuados.

Embax. Y yo, señor, que este dia
por mi ventura he logrado,
ganarè la joya en Francia, *De rodillas.*
besando ahora tu mano.

Fern. Yo, señora, no merezco
dar parabien por criado;
pero no te sirvo poco
en convertir revelados.

Rey. Y si hemos de dár las gracias
por favor tan soberano
à Dios, podêmos à un tiempo
darlas, porque haviendo estado
tan propicio en nuestra parte,
por consiguiente esperamos,
que Valencia, y Aragon,
confessando su pecado,
luego al instante se entreguen
de su error desengañados.
El Reyno de Portugal
no me dá ningun cuidado,
pues con el Duque de Ossuna
tienen bastante contrario.

Todos. Gracias â ti, Dios immenso,
por favor tan soberano.

Reyna. Pues cada uno celebre
con un discurso mi aplauso,
que mueva à los inconstantes
à que salgan de obstinados,
que aunque nuestra voluntad
la pagan con ser ingratos,
el Rey, y yo ingratitudes
comunmente perdonamos.
Y la musica acompañe
como vayan acabando,
en titulos de Comedia,
bien traidos à este caso.
Mariana, comienza tu.

Mariana. Executo tu mandato.
Hombres, que triunfa Luzbel,
ciegos, temed vuestro estrago,
mirad, que os previene un lago,
y que nunca saldreis de él;
muera en su rabia cruel,
y en su fuego convencido,
que aunque mas enfurecido
quiera sus lazos echar,
no dexara de reynar

Ella, y Musica. El Principe perseguido.

Embax Muevate ya la piedad,
que tu Rey usa contigo,
y quando te busca amigo
no desprecies su amistad;
sal ya de tu ceguedad,
porque sino, considero,
que usando de lo severo
el golpe ha de executar,
y que en él has de encontrar

El, y Music. El Valiente Justiciero.

Isabel. Si tienes un Rey jurado,
nieto de otro Rey glorioso,
que te guarda en tu reposo,
y te defiende en tu estado;
por què desconsiderado,
con precipitado vuelo,
quieres gastar tu desvelo
solo por filosofar,
si es impossible alcanzar.

Ella, y Music. Lo que son juicios del Cielo.

Sab. Y si Dios suelta la rienda,
prevente à tener el fin,
que ha tenido Marroquin
despues de tanta contienda:
tu modo de obrar emienda,
si quieres convalecer,
y un victor te ha de deber
quien te muestra en su desvelo

Todos, y Musica.

Musica. Rey Decretado en el Cielo,
y Astucias de Luzifer.

F I N.

Con licencia: En Sevilla, en la IMPRENTA REAL, Casa del Correo Viejo.